

ARGUMENTOS

En argumentos CyR rescata unas páginas de "Geografía y política en un mundo dividido" escritas hace 30 años por el maestro en geopolítica Saúl B. Cohén y editadas en España por Ediciones Ejército. Ofrece Cohén en el libro un novedoso concepto de Europa y recoge la cita de Mackinder recordando a los estadistas occidentales el siguiente principio: "quien rige la Europa Oriental, manda en la

tierra-corazón: quien rige la tierra-corazón manda en el mundo-isla: quien rige en el mundo-isla manda en el mundo. Por tanto, la línea de estados, desde Estonia a Bulgaria, se convierte en la llave del dominio del mundo, una llave tan asequible para Alemania como para Rusia". La cita es de 1919, pero ayuda a entender en 1995 la guerra en los Balcanes, último portón en esa línea de estados.

Europa Marítima

La aparición de un nuevo tipo de Superestado

**SAUL
BERNARD
COHEN**

Los superpoderes actuales, Estados Unidos y Unión Soviética, tienen en común que son uniones políticas de diversos países físicos y culturales. Debido a circunstancias históricas, los grupos raciales y étnicos de los Estados Unidos no son una base de componentes políticos internos diferentes, como lo son en la Unión Soviética. Sin embargo, como hemos señalado anteriormente, los grupos minoritarios de América están concentrados en zonas determinadas, y esta concentración tiene ciertamente consecuencias políticas y económicas. Además, los superpoderes tienen en común lo siguiente: 1), grandes *ecumenes* bien enlazados; 2), amplias zonas de territorio nacional explotable, medianamente pobladas, en las cuales se practican cultivos intensivos o se ejercen industrias extractivas; a estos terrenos les llamaremos *territorio nacional efectivo*; y 3), comarcas enormes, de tierras estériles, despobladas, tanto de extensiones heladas como de desiertos, los *espacios vacíos*.

Tanto los territorios nacionales efectivos como los espacios vacíos, proporcionan abundantes fuentes de materias primas y las bases en las que se llevarán a cabo muchas de las actividades científicas de la era nuclear. También ofrecen en sus sectores subhúmedos-continenciales y subtropical-les-áridos, una gran posibilidad de extensión a las poblaciones en expansión. Estas amplias comarcas de terreno situadas fuera del *ecumene* son impulsores morales nacionales; su medio ambiente son un reto continuo para el espíritu y el genio nacionales.

Europa Marítima es la tercera región de poder principal del globo. Pero Europa Marítima es diferente de las otras dos y del cuarto poder principal: China Continental. No es un superpoder, porque carece de unidad política. Y no lo es, además, porque carece de los amplios territorios nacionales efectivos y de los espacios vacíos de los Estados Unidos y la Unión Soviética.

¿Es demasiado tarde para que Europa Marítima imite la estructura de los superpoderes? Una unidad de Europa Marítima, Norte de

África occidental y el Sahara presentaría un paisaje político diversificado que tendría mucho en común con los de los otros dos superpoderes. Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, las iniciaciones para la creación de tal estructura se considerarían como pura fantasía. Esto se debía: 1), el empate que emana de las fuerzas, casi equilibradas, de las diferentes zonas-núcleo de Europa Marítima; 2), los intereses de Alemania en Europa Oriental; 3), las asociaciones extra-regionales del Reino Unido y Francia. Pero en la actualidad ninguno de estos tres factores tiene validez objetiva suficiente para impedir la unidad geopolítica de Europa Marítima. El mayor obstáculo es el problema de conseguir la unión geopolítica con el Magreb. Si tal federación se hubiera propuesto hace cuarenta años, su realización hubiera sido relativamente sencilla. En aquellos tiempos, la relación europeos-musulmanes del Magreb era de 15 a 1. En contraste con esto, la relación de eslavos a no rusos en la Rusia de 1917 era sólo de 3 a 1. Sustituir el régimen colonial europeo por una verdadera federación podría haber encontrado una respuesta entusiasta de los musulmanes. En las peores circunstancias, no hubiera habido que aplicar mayor fuerza y presión que la que aplicaron los rusos sobre los pueblos nativos, en la conversión de Imperio Zarista en Unión de Repúblicas.

Es inútil lamentarse por lo que podía haber sido. Los problemas de hoy no se resolverán con los métodos de ayer. La unidad geopolítica Europa-Norte de África debe lograrse ahora por medio de una sutil persuasión económica y política, no mediante fuerzas descaradas, sino apelando al interés propio de los dos lados, y no ejerciendo una explotación económica en una sola dirección. Tal unidad sigue siendo una posibilidad práctica, aunque no sea más que porque es urgentemente necesaria, tanto para los europeos como para los norte-africanos. La realización de la unión depende, en primer lugar, de una rápida unificación del núcleo del Oeste de Europa, sin que se pierda, mientras tanto, el Magreb por inclinación hacia el mundo comunista. Si tarda demasiado en llegar la unidad del núcleo europeo, se perderá, probablemente, la oportunidad para una más amplia estructura geopolítica.

En este capítulo estudiaremos los requisitos previos para un superestado europeo. Tal estado tendría en común con otros superpoderes un gran *ecu-mene* de latitud media de 480.000 millas cuadradas, comparado con 500.000 millas cuadradas para el núcleo de los Estados Unidos y 600.000 millas cuadradas para la Unión Soviética. También tendría un amplio espacio vacío: el Sahara.

Sin embargo, la estructura geopolítica de este estado europeo-norteafricano diferirá, en comparación con los otros, en cinco aspectos:

1), su *ecumene* estaría mucho más densamente poblado; 2), carecería de un amplio territorio nacional efectivo fuera de la zona núcleo; 3), continuaría adoleciendo de una debilidad de situación estratégica, por estar comprendido entre los otros dos superpoderes; 4), mantendría íntimos lazos con otras partes de Asia y África que no podrían descartarse totalmente en cualquier proceso de construcción de un superestado; 5), su espacio vacío sería mucho menos accesible para el resto del país que en el caso del desierto americano o el Asia Central soviética.

El contraste en cuanto a territorio nacional efectivo es intenso. Para Europa Marítima solamente las costas del Mediterráneo son territorio nacional efectivo; éste es su terreno *explotable* fuera del *ecumene*, que dispone de materias primas y ofrece un medio favorable para la colonización. Pero estas costas no están muy mineralizadas y la agricultura sufre por la ausencia de terreno llano y la falta de lluvias en el verano. También, lo que es más importante, estas zonas están ya densamente pobladas con relación a su base de recursos. Solamente España puede describirse como ligeramente poblada (170 habitantes por milla cuadrada), aunque su falta de agua limita las posibilidades de crecimiento de población. Por lo tanto Europa Marítima y el Norte de África no tienen el territorio nacional efectivo, con población limitada, con que cuenta la U.R.S.S. en Siberia o los Estados Unidos en sus extensiones interiores centrales y occidentales.

La suerte geológica no ha sido favorable a esta parte del Mundo Antiguo. Las tierras que podían haber sido territorio nacional explotable de Europa permanecen cubiertas por las aguas del Mediterráneo. En la Unión Soviética y los Estados Unidos, tales tierras fueron cubiertas por mares interiores en el pasado geológico, pero desde entonces han emergido en su forma actual de tierras secas.

Con respecto a su debilidad de situación estratégica, el *ecumene* de Europa Marítima está abierto al núcleo soviético por la vía de la llanura del Norte de Europa, y al *ecumene* americano por la vía del Atlántico Norte. Por lo tanto, el núcleo de Europa Marítima está situado en cuña entre los de los superpoderes vecinos. Los *ecumenes* de éstos, a su vez, están situados de forma que solamente son contiguos con un núcleo de superpoderes.

Otra medida de la diferencia es la de los lazos extra-regionales. Las asociaciones que tienen los países europeos en el África al Sur del Sahara, Asia y Oceanía, ayudan a formar la posición de originalidad europea. Tanto los Estados Unidos como Rusia, se desenvuelven con relativo aislamiento. Sus economías maduras se basan en la autosuficiencia. Un superestado europeo tendrá que surgir de un núcleo casi maduro. Por lo tanto los lazos extra-regionales existentes, como los mantenidos por la

Commonwealth o Francia, no pueden romperse; pero tendrán que reformarse para adaptarlos a los cambios ocasionados por la unidad política de la zona núcleo.

Por último, la inaccesibilidad del Sahara es una desventaja para Europa Marítima. Esta desventaja no la tienen ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética con respecto a su zona desértica. Lo mismo al Sahara que a los desiertos de los dos últimos superpoderes puede accederse directamente desde el *ecumene* o desde los territorios nacionales efectivos. Sin embargo, a diferencia del Sahara, a los dos últimos puede accederse también desde su costado lejano. La costa del Pacífico, y las montañas que la bordean, constituye un punto avanzado de población y de abastecimiento de agua superficial que ha permitido a los americanos apoyar el desarrollo del desierto desde una base contigua. De la misma forma, los pueblos, recursos y aguas superficiales de las montañas del Asia Central Soviética, y de los centros industrializados del Mar Caspio, son contiguos a los desiertos del Asia Central Soviética, proporcionando mayor facilidad de desarrollo. Al sur del Sahara no está situada ninguna parte lejana de Europa, sino el África Negra.

Teniendo en cuenta todos los factores citados anteriormente, debemos deducir que a una unión Europa Marítima-Norte de África le faltaría la estructura geopolítica completa que tienen los dos superpoderes. Se concibe que una Europa Marítima unificada puede tratar de tomar una tercera posición de equilibrio en la pugna Este-Oeste. Si China tomase también una posición de equilibrio, podría haber una simetría *por* medio de una igualación, o un equilibrio, a través del empate individual entre los cuatro. Tal posición, como hemos señalado anteriormente, fue destacada por los geopolíticos alemanes contemporáneos, así como por Charles de Gaulle. Pero sin unidad con Europa Oriental, el *equilibrador* no sería lo bastante poderoso para permanecer verdaderamente independiente. Una vez comprometido a arrojar su peso junto a un superpoder, contra el otro, no podría, probablemente, invertir su posición. Más lógicamente, desde un punto de vista político-estratégico y económico y, más probablemente, desde una orientación histórico-cultural, Europa Marítima continuará manteniendo sus estrechos lazos con el resto de la Cuenca del Atlántico. La continua presión exterior de la Unión Soviética y la presión interna de los partidos comunistas nacionales, así como el contrapeso de China Continental como fuerza global, indica que una Europa libre, unificada, no tomaría una postura de tercera fuerza de aislamiento. Mucho más probablemente, tal región geopolítica jugaría un papel revigorizador como socio completo de la Alianza Atlántica.

La perspectiva de situación. Europa no es un continente claramente definido; es una parte de la masa terrestre eurasiática. Además, sus lazos hacia el Sur, a través del Mar Mediterráneo, la han llevado a una estrecha asociación con el litoral norteafricano. Delimitar a Europa con precisión es algo difícil, porque Europa no es solamente un trozo de terreno; es un concepto cultural. Europa es un lugar, pero es también civilización historia, utilización del terreno, modelos urbanos, comercio y, sobre todo, pueblo. Cuando la cultura europea se esparció sobre zonas que eran físicamente contiguas a lo que tradicionalmente se conocía como Europa, los límites de Europa tendieron a cambiar. Europa se ha extendido más allá de su límite de los Urales, por Siberia y a través del Mediterráneo, por el Magreb y el Levante. El geógrafo inglés Lyde expresaba esto en forma adecuada diciendo: "La separación entre Europa y Asia es, por lo tanto, histórica más bien que geográfica, política más bien que física... la debilidad de cualquier influencia político-histórica se muestra por el hecho de que la frontera nominal, en el este, no corre a lo largo de los Urales... ni a lo largo del Caucase"¹.

En este capítulo, nuestro interés no es por los límites orientales de Europa Marítima. La separación entre *Europa hacia el mar* y *Europa hacia tierra* es el problema geopolítico crucial del continente. Durante cientos de años, este límite estuvo establecido a lo largo de un cinturón de inestabilidad política, que se extendía desde Finlandia hasta Grecia. Líneas de comercio Norte-Sur unían el cinturón, pero fueron más que neutralizadas por choques a lo largo del eje Este-Oeste. Lyde llamaba a esta parte del cinturón desde la desembocadura del Danubio hasta la desembocadura del Vístula, *Europa ístmica*[®]. Al conjunto de todo el cinturón se le ha llamado *la Región Fronteriza Oriental de Europa*[^]. Mackinder la describía como la *hilerla media de estados entre Alemania y Rusia*⁽⁴⁾. En la actualidad este cinturón de inestabilidad se ha desviado hacia occidente, desde el Mar Egeo y Negro hasta el extremo occidental del Báltico, incluyendo la zona conocida como *Mitteleuropa*, o Europa Central. Gottmann llama a la combinación de estas tierras europeas centrales y orientales, los *Territorios de Marea de Europa*⁽⁵⁾. Mientras en el pasado el equilibrio de fuerzas de Alemania y Rusia hizo necesario trazar el límite por algún lugar de Europa ístmica, las realidades actuales colocan todo el litoral europeo del Mar Negro y el Báltico dentro de la órbita del poder terrestre soviético. El comunismo de Europa ístmica, dominado por los soviets, representa una desviación radical de las formas más antiguas de controles extra-regionales, porque implica amplios cuadros de elementos nacionales, junto con fuerzas extranjeras soviéticas, en una empresa de control conjunto.

En este capítulo centraremos nuestra atención sobre Europa Marítima, la parte de Europa que comprende sus zonas occidentales, la mayor parte de sus zonas septentrionales, parte de sus zonas centrales, y las zonas mediterráneas: todas orientadas hacia el mar.

Para los americanos apenas puede considerarse como posible el futuro sin una Europa Marítima libre. Europa Marítima es más que simplemente parte de nuestro pasado. Nuestra asociación con ella es un ingrediente esencial de nuestro presente y futuro. Fue en Europa Marítima donde surgió el estado nacional moderno y donde se desarrolló la especialización industrial y agrícola. El modelo cultural-político de los Estados Unidos fue de inspiración europeo occidental. Con la maduración de nuestro estado nacional, ha llegado el deseo de reforzar nuestros lazos con Europa, no debilitarlos. Porque, junto con el reconocimiento de la importancia de los lazos pasados, ha llegado la apreciación de que nuestro destino está unido, inseparablemente, a la seguridad de Europa Marítima. Desde su extremo de la Cuenca del Atlántico Norte, Europa mira hacia el corazón de Norteamérica, y está tan cerca de la mayor parte de América del Sur como los Estados Unidos. Igual importancia de situación tiene la posición de Europa en el centro del Paralelógramo del Mundo Antiguo. Por eso es la zona de reunión que domina gran parte de Asia y África. Por último, podemos observar la situación central de Europa en un sentido global. La mayor parte de las masas terrestres del mundo están situadas dentro de un hemisferio, llamado el *hemisferio terrestre*, y el centro de este hemisferio está en Francia.

Cuando contemplamos esta situación estratégica, junto con el tamaño y calidad de la población de Europa Marítima, su capacidad de producción, y los lazos políticos y económicos con el resto del mundo, sólo podemos deducir que está destinada a continuar siendo el asociado extra-regional más importante de los Estados Unidos.

El sistema físico. Los que proponen la integración europea, señalan que Europa tiene una unidad que emana de la acción recíproca de sus diferencias físicas y culturales. Estas diferencias no son, en rigor, barreras profundas, porque se funden en un conjunto mayor que es Europa Marítima.

Entre los elementos físicos que favorecen la unidad está el tamaño. Europa Marítima es bastante reducida, con una superficie de aproximadamente 1.220.000 millas cuadradas. Sus *ecumenes* nacionales se unen, y es posible viajar a través de muchos países y zonas culturales en un tiempo muy reducido. Para muchos europeos,

ciertamente, el provincialismo de pueblos de otras partes del mundo es desconocido. Las distancias máximas en Europa Occidental, como desde Londres a Munich o desde París a Roma, son de menos de 700 millas. Una de las mayores distancias que pueden concebirse en viajes Ínter-europeos, desde Madrid a Hamburgo, es solamente de 1.200 millas.

Otro elemento unificador es la forma. La mayor parte del territorio no queda lejos del océano o de los mares interiores. Las costas irregulares han estimulado los asentamientos, los transportes por vía marítima y la pesca. Además, la prolongada dirección nordeste de la costa desde Portugal hasta Noruega, aumenta la extensión de la zona sometida al calor y humedad de los vientos y corrientes que vienen de occidente. Incluso la pequeña parte de Europa Marítima que está situada al norte de los 60 grados de latitud Norte, es caldeada por el Atlántico, de forma que, a diferencia de otras partes de la Tierra de latitudes similares, es habitable.

Aunque en Europa se encuentran diferencias climáticas, no son profundas, sino graduales, actuando como unidades complementarias. En este sentido, el clima puede considerarse un elemento unificador. Del clima marítimo de la costa occidental de Europa (inviernos suaves, veranos frescos y lluvias bien distribuidas), se pasa gradualmente al de Europa Central, donde los vientos ciclónicos son más débiles, el máximo de lluvias tiene lugar en el verano y el período de heladas de invierno es más largo.

El clima del Mediterráneo es distinto de estas otras dos regiones climáticas, pero hay zonas de transición que unen entre sí el sur y el norte de Europa. Estas son la Cuenca del Po, el borde meridional del Macizo Central y la parte norte de Portugal. Su clima se caracteriza por veranos más frescos que los del Mediterráneo y por ligera actividad ciclónica que retrasa la primavera y adelanta las lluvias de otoño. Así, en los países en los que prevalecen el clima y los modelos agrícolas mediterráneos, especialmente en Francia e Italia, hay zonas de transición físicas y de utilización por el hombre, como el Ródano central y el Po, que sirven para unir sus países con los de Europa al norte de los Alpes.

Aunque las regiones fisiográficas son variadas hay, no obstante, un modelo para estas diferentes regiones que hace fácil la unión entre ellas. La principal característica física es la llanura norte-europea, con los valles de tierras bajas formando parte de la misma en Francia e Inglaterra. Esta llanura está rodeada por tierras altas. Estas comprenden los Macizos del norte de Escocia y Fenno-Escandinavo, al Norte, y las diversas cadenas de montañas Alpinas al Sur. Unidas a

estas cadenas Alpinas y entre ellas o en el exterior, hay mesetas, como la Meseta española, el Macizo Central y el Macizo de Bohemia. También quedan incluidos, entre estas cadenas de montañas, valles como el del Po y el del Alto y Medio Danubio. Las cadenas de montañas Alpinas, desde cuyas cumbres fluyen las corrientes de agua hacia el Norte y el Oeste para desembocar en el Atlántico y en los mares del Norte y Báltico, o hacia el Sur para desembocar en el Mediterráneo, sirven como principal divisoria de aguas de Europa. Los recorridos Este-Oeste siempre han sido fáciles siguiendo las llanuras norte-europeas y del Danubio. El movimiento Norte-Sur o Noroeste-Sudoeste tiene que canalizarse a través de puertos clave de los Alpes o a lo largo de valles de los ríos como Rin-Mosela-Ródano, Rin-Doubs-Saona-Ródano y Rin-Maine-Danubio. Los ferrocarriles, carreteras y vías navegables, utilizan la mayor parte de estos pasos y muchas ciudades europeas se han desarrollado en puntos de embarque a lo largo de las vías transcontinentales. Por eso, las barreras de montañas, aunque suficientes para oponerse al intercambio político, nunca se han opuesto a los lazos económicos y culturales. Esto puede observarse examinando la extensión del *ecumene* europeo, que se extiende desde las Tierras Bajas escocesas hasta el Rin, los Pirineos y el norte de Italia, con brechas solamente en los Alpes y en la Francia central.

Sistemas de organización. Varias organizaciones están trabajando a diferentes niveles en la integración de Europa Marítima. Unas son funcionales; otras, políticas. Las organizaciones funcionales tratan de unificar Europa Marítima con fines determinados: económicos y militares. Entre ellas están: la Unión Europea Occidental (componente europeo de la OTAN), Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico, Comunidad Europea del Carbón y del Acero, Comunidad Económica Europea (Mercado Común), Comunidad Europea de la Energía Atómica, Asociación Europea de Libre Comercio y Consejo Europeo para la Investigación Nuclear. Entre las organizaciones dedicadas a la creación de una Europa unida por medios políticos están el Consejo de Europa y el Movimiento Europeo.

A diferencia de la mayor parte de las organizaciones funcionales, el Consejo de Europa no es un órgano intergubernamental, porque su Asamblea de Miembros del Parlamento de los países representados hablan solamente por ellos mismos. Cuando los esfuerzos para transformar el Consejo de Europa en una Unión Federal fracasaron, su liderato comenzó a estimular la idea de autoridades supranacionales especializadas, con potestad para establecer tratados garantizados por los estados participantes. La Comunidad Europea del Carbón y del Acero fue la primera de tales

unidades supranacionales, seguida después por el Mercado Común y la Comunidad Europea de la Energía Atómica.

El acto más importante que tuvo lugar en el proceso de integración europea de la postguerra fue la creación del Mercado Común de los Seis. Los países fundadores: Francia, Alemania Occidental, Italia y el Benelux, se convirtieron en el núcleo de Europa Marítima. Cuando se organizó el Mercado Común, en 1957, tenía como fin la extensión del tipo de cooperación que se estaba realizando ya dentro de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, a todo el campo económico. En estos pocos años, la reducción de derechos internos de aduanas y de cuotas, ha sido más rápida de lo que se había proyectado, la mano de obra ha conseguido libre movilidad y las restricciones de movimiento de capital se han eliminado en su mayor parte. Está surgiendo el mercado, libre de la discriminación nacional. Por otra parte pueden aumentarse las tarifas hacia terceros estados, y éste es el temor principal de los Estados Unidos, así como del resto de Europa Marítima.

Indudablemente, los países del Mercado Común podría imponer tarifas aduaneras contra las materias primas y productos alimenticios del exterior. Si la población de 190 millones de habitantes de los Seis europeos fuera, en sí misma, el único mercado en el que estuviera interesada la industria de la Comunidad Económica Europea, unas tarifas más elevadas sobre los materiales del exterior podían no tener efectos internos de largo alcance. Pero, para continuar prosperando, el Mercado Común Europeo tiene que seguir exportando, aun cuando se utilicen materias primas nacionales de costo más elevado, amparando su empleo tras una pantalla de tarifas aduaneras. Las ventajas en el comercio exterior que se habrían conseguido con tan notable medida es probable que se desperdiciaran. Por ejemplo, si se excluyera el carbón americano, de bajo costo, por medio de tarifas aduaneras, de Bélgica, para proteger la industria de carbón belga, ¿podría el alambre belga mantener su ventaja del precio actual que le ha proporcionado la mitad del mercado total de los Estados Unidos?

Quizá más que ninguna otra industria, la agricultura se ha presentado tratando de protegerse a sí misma con los muros del Mercado Común. Los cultivos alemanes en pequeña escala, relativamente ineficaces, especialmente en el Sur, están desapareciendo rápidamente frente a la furiosa competencia de la agricultura francesa dentro de la estructura de precios agrícolas unificados del Mercado Común. Además, los productos italianos están eliminando, cada vez más, los pequeños cultivos de verduras de Bélgica y del sudoeste de Francia. Francia ha sido acusada por la crítica de pretender aislar sus productos agrícolas de precios relativamente elevados, de los efectos

competidores de la producción exterior. Aunque tal posibilidad no es de ningún modo imposible, no hay ninguna razón para suponer que los socios de Francia en el Mercado Común aceptarán, alegremente, mayores costos de los productos alimenticios y, por consiguiente, menor nivel de vida.

¿Significa todo esto que, aparte de los productos agrícolas, perdería terreno en su lucha por el Mercado Común Europeo? No necesariamente. Europa puede muy bien llegar a ser auto-suficiente en granos y productos lácteos si lo desea; pero los suelos fértiles de limo de la región de Beauce no necesitan permanecer esencialmente dedicados a cereales y remolacha azucarera. Bajo condiciones de cultivo más intensivo, pueden, en parte, cambiar a la horticultura (aunque probablemente a expensas de los intereses agrícolas belgas y alemanes). El pastoreo extensivo en el Macizo Central puede modificarse, siendo sustituido por la cría y engorde de ganado a lo largo del Loira y del Garona. La viticultura puede desaparecer de partes del Este húmedo, en respuesta a la presión de la horticultura y productos lácteos. El crecimiento del mercado nacional del arroz reduce las exportaciones italianas a otras partes del Mercado Común, y deja campo a otros productores europeos, como España, o a productores extra-europeos. La intensificación y el cambio en la agricultura francesa puede influir en la posición de competencia de los países exteriores productores de lácteos y de carne, pero es menos probable que influya sobre los productos exteriores de cereales y *azúcar* (que pueden cambiar, en parte, la importancia asignada en el mercado a los productos alimenticios, por los granos). Y a la larga, la modernización de la horticultura, no solamente en Francia, sino en la Europa mediterránea, podía también cambiar la importancia interna concedida a la ganadería, aumentando las posibilidades de mercado para productores del exterior.

Europa Marítima es ahora autosuficiente en agricultura en un 85 a 100 por ciento, con excedentes actuales en el Mercado Común, de mantequilla y trigo. Esta autosuficiencia es probable que se reduzca al 75 u 85 por ciento dentro de algunos años, a medida que aumente el nivel de vida. Es comprensible prever que la Comunidad Económica Europea se dirige hacia un período de proteccionismo agrícola. Pero el proteccionismo agrícola demostrará no ser más válido para el Mercado Común de Europa de lo que lo es para la mayor parte de los estados nacionales. Dados los mayores beneficios de las inversiones que puede ofrecer la industria, y la reducción de las presiones socioeconómicas de un grupo agrícola en disminución, las tensiones agrícolas ante el Mercado Común de Europa y sus vecinos se reducirán. Ya países relacionados con el Mercado Común como miembros asociados o socios mercantiles especiales, han encontrado

que tales lazos son ventajas para desarrollar ciertos sectores de su agricultura. Esto es cierto para Grecia, España e Israel en los cítricos, por ejemplo. A la larga, incluso un país como Italia, en la actualidad autosuficiente en agricultura en un 90 por ciento, necesitará un presupuesto creciente para importación de productos alimenticios, granos, semillas oleaginosas, grasas y aceites, trigo (duro) y tabaco, porque la producción de la agricultura local no marchará al mismo paso que la demanda de una sociedad urbana industrializada. Aun cuando en Gran Bretaña hay, generalmente, un gran interés por encontrar un lugar protegido para la agricultura de Nueva Zelanda y Australia en el extenso Mercado Común, y desgana por parte de Francia para ofrecer un conjunto demasiado grande de concesiones, creemos que el problema se resolverá por la posible necesidad de Europa Marítima de importaciones adicionales de productos alimenticios de tales países de la Commonwealth.

La Asociación Europea de Libre Comercio (inicialmente con siete miembros) y la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico, se formaron como respuesta a la aparición del Mercado Común. Esta última organización, que comprende los Estados Unidos y Canadá, así como diecinueve países europeos, fue ideada por los Estados Unidos para sustituir a la Organización Europea de Cooperación Económica. Su objetivo es una mayor cooperación económica Norte Atlántica y la ayuda coordinada a los países subdesarrollados. La Asociación Europea de Libre Comercio, iniciada por Gran Bretaña, fue proyectada para asegurar una mayor cooperación económica entre sus participantes, al mismo tiempo que se mantienen las asociaciones externas existentes. Porque, mientras van a eliminar las tarifas aduaneras entre los países miembros, pueden establecerse tarifas independientes sobre terceras partes.

Los temores, proclamados por muchos, de que la Comunidad Económica Europea y la Asociación Europea de Libre Comercio cristalizarían como bloques independientes y rivales en Europa Marítima, eran exagerados. Ciertamente la decisión británica de entrar en el Mercado Común, y el acuerdo de Francia para acceder a esta entrada, refleja el poder preponderante de las fuerzas que están conduciendo hacia la integración económica. En especial, la Asociación Europea de Libre Comercio puede considerarse, a la luz de la historia, como un escalón para ensanchar la Europa del Mercado Común. Con la expansión de la Comunidad Económica Europea, en 1973, para añadir al Reino Unido, Irlanda y Dinamarca, la Asociación Europea de Libre Comercio no se ha debilitado. Se ha reagrupado con ocho miembros para organizarse con relación al Mercado Común. En la actualidad todos los estados de Europa Marítima pertenecen a una de las dos asociaciones.

Podemos considerar los actuales conflictos y negociaciones comerciales entre la Comunidad Económica Europea y la Asociación Europea de Libre Comercio como una fase importante en un proceso evolutivo. La Europa Marítima integrada necesita un núcleo. Este lo proporcionaba, inicialmente, la Europa de los Seis, que ahora se ha convertido en la Europa de los Nueve. La Europa integrada necesita también mantener fuertes asociaciones con el mundo exterior. La Comunidad Económica Europea, a través de Francia, desarrolló lazos extra-regionales con las antiguas colonias francesas; la Europa del Libre Comercio, que se había formado alrededor de Gran Bretaña y su Commonwealth, tiene aún mayores lazos extra-regionales.

Si el núcleo se puede consolidar firmemente alrededor de la Europa de los nueve, sin destruir las asociaciones exteriores, los resultados serán sumamente beneficiosos para Europa Marítima y para aquellos antiguos países coloniales que mantienen estrechos lazos económicos y culturales con Europa. En el caso de que estos lazos no puedan mantenerse, la ruptura tendrá graves consecuencias político-ideológicas. Porque la Commonwealth y los países francófilos representan la mejor posibilidad que tiene el Mundo Occidental para mantener sólidos contactos globales que superen las dificultades raciales y religiosas. Sin tales lazos, nuestro mundo dividido podría convertirse muy bien en un conjunto de bloques aislados, sin esperanza.

Una capital europea. Se necesita una ciudad capital: situada centralmente, con buena accesibilidad, gusto cosmopolita, clima moderado, económicamente y políticamente estable y con una tradición europea. Los europeos llevan buscando tal ciudad desde 1950.

A medida que prolifera el número de organizaciones encargadas de integrar Europa, la administración y el personal se solapan. Para ayudar a conseguir la coordinación y racionalización de las actividades integradoras, parece muy conveniente su localización en una ciudad. Más allá de los aspectos económico-sociales de tal localización, una sede central puede realizar funciones político-psicológicas más amplias. Si Europa Marítima se va a unir, necesita una capital para simbolizar esta unidad, así como para centralizarla.

En la actualidad, las principales organizaciones están situadas en cuatro ciudades: Bruselas, la ciudad de Luxemburgo, Ginebra y París. Las organizaciones del Mercado Común y de la OTAN están en Bruselas; el Parlamento y el Banco Europeo para inversiones, en la ciudad de Luxemburgo; la Asociación Europea de Libre Comercio y el Consejo Europeo para la Investigación Nuclear, en Ginebra, y

la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico y algunos organismos de investigación del espacio, en París.

Entre las ciudades que se han considerado como posibles candidatos para sede de la capital están Bruselas, Estrasburgo, Milán, Niza, la ciudad de Luxemburgo, París, Ginebra, Sarrebruck. Sólo se puede juzgar si se ajustan bien a las necesidades de situación comparando sus características con una lista de requisitos *ideales*. Una capital europea debería tener en nuestra opinión las siguientes características: 1), centralidad dentro del *ecumene* europeo; 2), accesibilidad a las rutas aéreas, de ferrocarriles y de carreteras; 3), tamaño y diversidad económica suficientes, no simplemente para *alojar* a la capital, sino para desarrollar grandes y abundantes instituciones culturales y económicas europeas dignas de una capital; 4), mezcla arquitectónica de la Europa tradicional y de la moderna; 5), estabilidad política y económica dentro de la ciudad para aislar las instituciones de gobierno de la violencia de las multitudes, del terrorismo y de formas más sutiles de presión; 6), elevado grado de multilingüismo, característica que es muy generalizada en muchas ciudades de Europa.

De las ciudades citadas, ni Sarrebruck ni Ginebra tienen fuerte apoyo en la actualidad. Si el Sarre se hubiera convertido en un distrito autónomo dentro de la Unión Europea Occidental, la elección de Sarrebruck habría atraído a muchos. El rechazo de un Sarre europeizado en el referéndum de 1955 dejó a Sarrebruck con pocos de los requisitos necesarios para la capital. La situación de Ginebra, sus medios y tradiciones, como centro internacional, son bien conocidos, y la ciudad está ocupada absorbiendo a cientos de empleados civiles europeos y de las Naciones Unidas. Sin embargo, Suiza ha permanecido apartada del Consejo de Europa, de la Unión Europea Occidental y de la Comunidad Económica Europea, en un intento de mantener neutralidad en asuntos políticos y militares. Su mayor concesión hasta la fecha, para unirse a la acción europea, ha sido su entrada como miembro de la Asociación Europea de Libre Comercio.

El núcleo de una integración europea es, en la actualidad, la Europa de los Nueve. Esta es la Europa que tiene mayor necesidad inmediata de una capital y es dentro de esta Europa donde se han propuesto las ciudades de Bruselas, Estrasburgo, Milán, Niza, Luxemburgo y París como sedes para la capital. La capital actual de la Europa de los Nueve es probable que sea mañana la capital de Europa Marítima, y, con el tiempo, de Europa Marítima y el Magreb. Londres, Copenhague y Viena son probablemente demasiado excéntricas para cumplir las funciones de una capital y las dos últimas son además ciudades fronterizas demasiado expuestas.

La elección de una ciudad debe hacerse dentro del núcleo y con la idea de una Europa unificada y en expansión.

Bruselas es quizá la más central de todas las grandes ciudades dentro del *ecumene* europeo; es muy accesible al Reino Unido, al Atlántico Norte, al norte de Europa y a Europa al norte de los Alpes; tiene belleza, cultura y fuerza económica; sus industrias son ligeras y se extienden por todos los suburbios, y no ha estado especialmente sometida a contiendas industriales. Aunque las tensiones flamenco-valonas que han infectado partes de Bélgica se encuentran presentes en Bruselas, tales tensiones son esporádicas y no lo suficientemente importantes para comprometer los trabajos normales del gobierno. Si persistiera la violencia reciente o se intensificara, eso reduciría la conveniencia de Bruselas como sede para la capital. Aunque es una ciudad norte europea, en virtud de su situación en la Bélgica flamenca, Bruselas es de carácter francés y de lenguaje multilingüe. El flamenco, semejante al holandés, es una lengua germánica hablada por muchos. Sin embargo, la mayoría de la ciudad habla francés y es atractiva culturalmente para toda la región del Mediterráneo. Por último, Bruselas es representativa de una zona que ha sido en el pasado zona neutral de Europa Occidental, mientras que ahora sirve de sede a la OTAN.

Ninguna ciudad europea tiene que luchar con los problemas de discriminación social que acosan a ciudades como Washington y Nueva York, impidiendo sus funciones como capitales nacionales e internacionales. Por otra parte, ciudades que pueden estar sometidas a violencia y terrorismo, como el París de los años 1950 y 1960, y tienen minorías deprimidas y descontentas muy grandes (como París, con sus cientos de miles de norteafricanos), puede que no sean los candidatos más factibles para la capital de Europa. En parte, por supuesto, Francia bajo De Gaulle despreció las oportunidades de tomar un papel más positivo para reforzar la unidad europea, con sus actitudes negativas hacia el Movimiento Europeo, la OTAN y la extensión del Mercado Común. Un cambio en estas actitudes podría volver a abrir la cuestión de la conveniencia de París como capital europea. Esta elección podría llegar a ser especialmente adecuada si la restauración de una alianza a escala total entre Europa Marítima y el Magreb diera a los franceses la posibilidad de llevar la delantera en la forja de una más amplia unidad geopolítica. Sin embargo, por el momento, dada la tendencia a conectar las organizaciones del Mercado Común en Bruselas y además el traslado de la OTAN, Bruselas aparece como el principal candidato para la sede de la capital.

Relaciones con el Magreb. La relación de Europa Marítima con el norte de África puede, en parte, explicarse por la forma y situación vecina del Mar Mediterráneo. El Mediterráneo es un brazo interior del Atlántico. Estructuralmente, la cuenca está formada por cuatro unidades diferentes, excluyendo el Mar Negro. Sin embargo, por su forma, los geógrafos han considerado que el mar consta de tres cuencas: la Occidental, la Oriental y el Mar Negro; o dos: la Occidental (para ser precisos, la Noroccidental) y la Oriental (Suroriental). La última división omite el Mar Negro. Cualquiera que sea el caso, el Mediterráneo no es una unidad, ni estructuralmente ni morfológicamente. Además, el carácter de su litoral es completamente variado. Newbiggin dijo: *La Cuenca del Mediterráneo no es una unidad; sus costas pertenecen aquí a la zona desértica y allí a la Europa Central; solamente a intervalos son verdadero Mediterráneo*[^]. Las costas son diferentes, y la relación de sus partes con los poderes inmediatos aumenta esta diversidad.

Cuando consideramos los factores anteriores, no es de extrañar que el separatismo político, y no la unidad, haya caracterizado la cuenca del Mediterráneo. Solamente Roma tuvo éxito en la unificación completa del mar. Los fenicios, griegos, cartagineses, moros, turcos y europeos Occidentales fracasaron en esta empresa, aunque los griegos y turcos unificaron la cuenca oriental geopolíticamente. Francia, ahora que actúa en armonía con sus vecinos de Europa Mediterránea, puede decirse que ha unificado de momento la parte principal de la cuenca Occidental estratégicamente.

En la mayor parte de su historia, el Mediterráneo Oriental ha estado bajo influencias de Oriente Medio-asiático. A diferencia de su equivalente occidental, esta cuenca tiene varios pasadizos importantes que constituyen brechas de penetración hacia los territorios interiores. Estos son: el Mar Negro, hacia las estepas ucranianas y el Danubio Inferior; los ríos de la costa de Asia Menor, hacia la Meseta de Anatolia; la Depresión Siria y el Paso Sirio, hacia Mesopotamia; el Istmo de Suez y el Mar Rojo, hacia Arabia; el Delta del Nilo, hacia el mismo Valle; los Ríos Vardar-Morava, hacia el Danubio Medio; y el Golfo de Trieste-Klagenfurt y los pasos de Liubliana, hacia el Valle del Danubio Superior.

Como es accesible a estas extensiones interiores populosas y bien dotadas, el destino del Mediterráneo Oriental ha estado ligado a la elevación y a la caída de los poderes de su *hinterland*. La unidad ha sido impuesta desde todos los lados de la cuenca; desde Egipto, el Levante y el Norte, a medida que el núcleo de poder se trasladaba a lo largo del litoral. La fuerza equilibrada entre estas naciones fronterizas ha significado estado de separación política dentro de la cuenca.

La cuenca del Mediterráneo Occidental ha experimentado una historia de desarrollo político diferente. Con la línea desde Sicilia hasta el Cabo Bon como límite, la estrecha costa del Mediterráneo Occidental está, en su mayor parte, rodeada por montañas jóvenes de plegamiento. Hay pocas brechas a través de estas montañas, y no hay ninguna importante a través del desierto, como en el Nilo. Además, el Mediterráneo Occidental tiene algunas islas que son accesibles tanto por las costas septentrionales como por las meridionales (las Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia). Pobladas desde hace mucho tiempo por europeos, estas islas son puestos avanzados para los estados europeos en sus relaciones estratégicas con las costas meridionales.

La ausencia de brechas eficaces a través de las montañas que lo rodean ha hecho del problema de control, hasta los tiempos modernos, un asunto interno o *de familia*, dentro de la cuenca Occidental. Así, Cartago, Roma, el norte de África, España, Francia e Italia se disputaron el control de la cuenca, con pocas ingerencias del exterior. Debido a su base de apoyo nor-africana más débil, los moros (así como los cartagineses antes de ellos) no penetraron eficazmente más allá de España, Cerdeña y partes de Sicilia.

Durante la Edad Media, la rivalidad hispano-franco-austríaca sobre Italia desvió la atención de los poderes europeos de la costa del norte de África. Con la Edad Moderna vinieron los cambios: 1), los perfeccionamientos en las comunicaciones terrestres a través de Europa Occidental hacia el Mediterráneo; 2), la alianza anglo-francesa, que controló tanto la entrada occidental al Mediterráneo como las rutas marítimas transmediterráneas. Como resultado de ello, Francia pudo conseguir el control estratégico sobre la mayor parte del Magreb, entrando en Argelia en 1830, en Marruecos en 1875 y en Túnez seis años más tarde. Sin embargo, los intereses contrarios españoles y franceses, así como las repetidas rivalidades con Alemania, impidieron que Francia consiguiese el dominio sin disputa del norte de África Occidental. Además, los modelos geopolíticos de asociación colonial que forjó Francia con esta parte del mundo musulmán, demostraron ser incompatibles con las exigencias musulmanas de igualdad y autodeterminación política.

La mayor omisión de Francia, desde el punto de vista de su necesidad de forjar lazos geopolíticos duraderos con el norte de África fue que no pobló la región adecuadamente con franceses u otros europeos, y que al mismo tiempo no ofreció igualdad a la población indígena.

Durante la conquista europea de África, muchos europeos vieron en el continente meridional una salida para el establecimiento de masas, así como una fuente de materias primas y posibles mercados. Sin embargo, el hecho es que ni siquiera un establecimiento de situación favorable como el norte de África bañado por el Mediterráneo, y mucho menos las extensiones tropicales, desfavorables de la mayor parte del continente, tuvieron éxito en atraer una emigración europea masiva. El norte de África medía su inmigración anual por millares, no por decenas o centenas de millares. Después de los primeros cincuenta años de colonización francesa en Argelia, la población europea se elevaba solamente a unos 400.000 habitantes. Medio siglo después, esta cifra había aumentado a 800.000, correspondiendo la mayor parte del incremento al crecimiento natural. Antes de la independencia de Argelia, la cifra era de 1.000.000 aproximadamente. Francia no pobló Argelia en mayor escala por dos razones: 1), Francia carecía de excedentes de población en el país; 2), Francia no estaba sufriendo los apuros económicos, sin esperanzas, que habían impulsado a la mayor parte de sus vecinos a producir millones de emigrantes. Los campesinos y obreros franceses eran opuestos a trasladarse a Argelia como colonizadores, donde tenían que enfrentarse y competir con la mano de obra barata musulmana.

Es siempre desesperante especular sobre el diferente aspecto que habría tenido el mapa geopolítico actual si la cooperación europea hubiera estado tan avanzada hace un siglo como lo está hoy. Si hubiera habido una acción conjunta en la colonización, incluso entre Francia e Italia, durante el gran período de emigración, el norte de África podía ser en la actualidad parte de Europa. Esto presupone que la inmigración creciente habría estado apoyada en forma más adecuada por la fabricación de lo que lo ha estado en el curso actual de desarrollo económico norteafricano. Unos recursos más amplios de los que se dispone dentro de la mayor parte del Mediterráneo europeo, una clase laboral europea y mayores presiones sobre Francia para apoyar a la industrialización norteafricana, habrían facilitado tal proceso.

Se afirma que León Gambetta, Primer Ministro francés durante la ocupación de Túnez, dijo en 1880 que la configuración de las costas francesas y el establecimiento del dominio francés en Argelia había convertido al Mediterráneo, y especialmente al Mediterráneo Occidental, en la *escena de acción* de Francia⁽⁷⁾. La historia lo ha confirmado, pero no en la forma geopolítica que él había imaginado. En efecto, después de ciento veinticinco años de colonización y actividades de adaptación cultural, la influencia política de Francia en el Magreb es todavía escasa. Después de los recientes acontecimientos, se ha hecho evidente que Francia sola no puede

mantener la necesaria asociación europea con el norte de África. Sin embargo, una Europa Marítima unida, puede mantener su dominio estratégico sobre el Magreb si se ve forzada a dar tal paso; situación que es bastante parecida a las relaciones geopolíticas Unión Soviética-Europa Oriental y Estados Unidos-Caribe. Para hacer esto utilizaría su control sobre las rutas atlánticas y transmediterráneas y las islas del Mediterráneo. Después, aplicando su fuerza económica y de atracción cultural, podía organizar el sistema geo-político dentro del cual unificar el Mediterráneo Occidental.

Los participantes de tal programa geopolítico serían Europa Marítima y el Magreb, y no fuerzas exteriores. Porque la intervención exterior sólo podía intentarse desde bases distantes. Las más próximas son estados débiles militar y económicamente subdesarrollados del Occidente de África y del Oriente Medio. Estos estados están situados al otro lado de amplias barreras de desiertos. Esto no es decir que tales estados *tengan* que jugar un papel despreciable en el Mediterráneo Occidental. Egipto fue un destacado defensor de la revolución argelina, y el apoyo del África negra al F.N.L. fue un factor importante en las reuniones de las Naciones Unidas. Pero estas zonas exteriores pueden influir solamente en la situación cuando los líderes del Magreb musulmán deseen atraer tal influencia. En comparación con África Occidental o con el Oriente Medio Árabe, el Magreb puede más que valerse por sí mismo en cuanto a líderes, niveles culturales, fuerzas militares y estado de desarrollo económico. Por último, esto demostraría que es el elemento decisivo para moldear una acomodación dentro del Mediterráneo Occidental.

La iniciativa para tal acomodación geopolítica tiene que venir del lado europeo, y bajo el liderato de Charles de Gaulle. El primero de estos pasos se dio con la concesión de la independencia a Argelia y con los acuerdos económicos subsiguientes entre Francia y el Magreb. Una Europa unificada tendría la posibilidad de formular un acuerdo político y económico que puede satisfacer los apremiantes intereses del Magreb musulmán, sin sacrificar las exigencias estratégicas europeas.

¿Puede Europa, y el Mundo Libre, proporcionar algo que no responda a esta acomodación? Si el Magreb se apartara de Occidente y se convirtiese en una base soviética, la defensa de Europa Occidental, en tiempo de guerra, sería casi imposible. El ataque contra Europa desde el Este por medio de asaltos clásicos terrestres y aéreos, sería bastante difícil de rechazar por la OTAN. Si viniera también desde el Mediterráneo, difícilmente podría detener el ataque. Ante tal posibilidad, la alternativa que les queda a los europeos sería el holocausto nuclear o la rendición. Incluso sin guerra, una Europa Marítima cercada estaría sometida a corrientes que

expondrían a Europa meridional a grandes presiones de subversión, así como aislaría a la mayor parte del continente africano de Europa. España, Portugal, Francia e Italia se convertirían en objetivos de actividades individuales y de grupos que podrían operar con relativa impunidad desde el norte de África, a menos que Europa baje un nuevo Telón de Acero a través del Mediterráneo.

Ya se ha citado otro aspecto de situación estratégica, los espacios vacíos. Para Francia hoy, así como para Estados Unidos mañana, es estratégicamente importante disponer de extensiones vacías para ensayos de bombas nucleares y para lanzamiento de misiles. Reggane, en el centro del Sahara argelino, fue el lugar de pruebas de bombas nucleares francesas, y su traslado a asentamientos en el Pacífico ha creado considerables problemas internacionales para Francia. Incluso si se prohibiesen las pruebas subterráneas de tales dispositivos, no sería menor la necesidad de utilizar esos espacios vacíos para otros proyectos militares y civiles de la era del espacio.

No es fácil diferenciar la necesidad económica de la situación estratégica. Porque lo que hace importante a una zona no es simplemente donde está sino lo que contiene. Para la Roma imperial, el trigo del norte de África se convirtió en una necesidad estratégica, debido a la lejanía del abastecimiento egipcio y al agotamiento de las tierras de grano de Sicilia. Siglos después, Francia volvió al norte de África, donde cultivó su trigo, vino y productos cítricos. Considerando la riqueza de la agricultura metropolitana francesa, apenas pueden describirse estos artículos como estratégicamente esenciales. Realmente, hasta 1959, los argumentos referentes a la importancia económica estratégica del norte de África para Francia eran falsos. El papel de África como panera, abastecedor de mineral de hierro y fosfatos, y fuente de potencial humano para las fuerzas armadas francesas, estaba más que compensado por los gastos franceses en servicios sociales y mantenimiento del orden en la zona. Como mercado protegido, el norte de África y otras partes del Imperio francés actuaban como "narcóticos" para las fábricas francesas, que no se sentían obligadas a modernizarse y a establecer innovaciones tan rápidamente como muchas de sus vecinas europeas. Solamente después de que Túnez y Marruecos hubieron conseguido su independencia y Argelia se separó por la revolución, se introdujo el elemento estratégico-económico en el conflicto, el descubrimiento del petróleo, que comenzó a fluir en cantidades comerciales importantes de los campos de Hassi Messaoud en 1959.

La necesidad de petróleo es de la mayor importancia estratégica para Francia. En el último decenio la dependencia del petróleo de

Oriente Medio ha sido sustituida por la dependencia de los recursos del Magreb y de Libia. Así, Francia ya no está sometida a las presiones de prohibición de su abastecimiento por el Canal de Suez o a lo largo de los oleoductos terrestres. Por otra parte, su dependencia de Argelia no deja de tener dificultades. El rápido desarrollo del petróleo argelino (en Hassi Messaoud, Edjele y Zaraitine) se hizo posible por grandes desembolsos de capital francés, tanto en los campos como en los tres oleoductos que conducen a la costa. Las terminales están en Béja y Arzew, y Skhira en Túnez, con una cuarta en construcción en Skikda. Además, depósitos muy ricos de gas natural en Hassi R'Mel se han unido a Oran y Argel por oleoducto y ha comenzado la exportación de este gas en forma líquida (LNG) a Francia y España.

A pesar de los intentos del Gobierno De Gaulle para salvaguardar las inversiones e intereses franceses en el Sahara argelino por medio de acuerdos especiales y estacionamientos temporales de tropas, se impusieron firmemente los controles argelinos. Más recientemente, el Gobierno argelino utilizó su autoridad nacionalizando el 51 por ciento de la industria del petróleo de propiedad francesa, paso al que Francia consintió de mala gana. Argelia nacionalizó por completo todas las compañías no francesas, que corresponden aproximadamente a la tercera parte de la producción total. Es evidente que la asociación es la única base sobre la cual Francia puede tener esperanzas de mantener sus relaciones económicas con Argelia. La producción anual argelina de petróleo, de unos 50 millones de toneladas aproximadamente, satisface las necesidades de consumo de Francia, y junto con las importaciones de Libia, proporcionan a Francia la posibilidad de reexportación de productos refinados. El petróleo proporciona también el 80 por ciento de las exportaciones de Argelia. Además, con respecto a esto, se tendrá que prestar mayor atención en aumentar la producción de Argelia de productos refinados, en la actualidad despreciable. Por cierto que el plan de cuatro años para el desarrollo argelino, del 1970, concede prioridad a la industria básica que fabricará productos semi-acabados con los recursos argelinos. Argelia no se considerará satisfecha permitiendo a Francia monopolizar el valor añadido concentrando la capacidad de refinado en territorio francés. La tendencia de conjunto es evidente, Francia ha pasado de una dependencia estratégica del petróleo de Oriente Medio a una era de asociación petrolífera con el Magreb.

De menor importancia estratégica, aunque de mayor valor en potencial económico, es el mineral de hierro del Sahara. Fort Gouraud en Mauritania tiene reservas de hematites de 200 millones de toneladas, pero Gara Djebilet, en Argelia Occidental, tiene reservas

que se estiman en tres millares de millones de toneladas. Este es un depósito superficial que se considera mayor que cualquier otro depósito simple del mundo. Al favorable aspecto de mineralización se añaden pequeños depósitos en el desierto, de manganeso en Guettara y de cobre en Akjouit (en Mauritania). Por último, el medio ambiente sahariano podría convertirse en la mayor base de producción de energía solar del mundo.

Si los nacionalistas argelinos eligen la asociación con Francia, el futuro puede ser brillante económicamente. Sin embargo, tal elección significará identidad político-militar bien definida con Europa Marítima y con las perspectivas y compromisos globales de esta última.

Las fuerzas que impulsan esta asociación son diversas. Incluyen los elementos estratégicos, políticos, económicos y culturales-sociológicos que se han señalado. Especialmente el petróleo y el gas natural pueden servir como unificadores entre Francia y Argelia, con tal que el interés económico de Argelia no quede relegado a la producción y transporte de estos minerales. Si las necesidades de los industriales y consumidores argelinos llegaran a depender mucho de un flujo ininterrumpido de estos combustibles, entonces la necesidad argelina de mantener un frente común con Francia se convertirá en un asunto de política práctica. Siria tuvo poco que perder (excepto un pequeño canon de transporte) cuando, como reacción a la intervención anglo-francesa en la campaña del Sinaí, y luego en 1967, cortó el oleoducto que conduce el petróleo desde Irak hasta el Mediterráneo. Siria también cortó el oleoducto de Arabia Saudí en 1970. Su economía no estaba directamente relacionada con el "oro negro" que pasaba a través de su territorio. Una economía argelina que utiliza los beneficios de los combustibles del Sahara hasta el punto que no pueda sobrevivir sin ellos, sería un fuerte elemento para la asociación política, así como económica, con Francia.

La segunda fuerza principal para la asociación, como se ha señalado anteriormente, es la emigración; cerca de tres cuartos de millón de argelinos han emigrado a Francia. La industrialización no puede resolver el problema del excedente de población en esta generación. Realmente, la misma riqueza de minerales de Argelia y la disponibilidad de grandes cantidades de inversión de capital francés, podrá estimular allí el desarrollo de una economía de fabricación moderna, de gran valor que, pese a ello, no podría absorber gran número de trabajadores. Refinerías de petróleo, fábricas de productos químicos, fábricas de laminación de acero, fábricas de materiales de construcción, el reflejo de la base mineral especializada argelina, es probable que se construya en forma moderna automatizada,

especialmente si Argelia trata de marchar al mismo paso que el Mercado Común. Si la fabricación se basara en un pequeño grupo especializado, bien pagado, en contraste con la amplia base de población rural, de ingresos limitados, entonces las fricciones financieras y sociales llegarían a ser pronunciadas. La base de fabricación argelina no puede absorber cientos de miles de trabajadores. La emigración a Europa Marítima es necesaria para absorber este excedente de población y para contribuir al apoyo financiero del país. Sin asociación con Francia, y a través de Francia con el resto de Europa Marítima, no se dispondrá de esta salida.

Quizás los líderes argelinos rechacen el camino de la asociación debido a la amargura del conflicto argelino-francés y al deseo de seguir un camino que proporcione opciones para una apertura hacia la U.R.S.S. En nuestra opinión, los planes argelinos para el neutralismo es probable que demuestren ser ilusorios. Porque no hay posibilidad de que un neutralismo argelino que pudiera abrir las puertas a las fuerzas hostiles del Este quedase sin oposición. Si la asociación entre Francia y Argelia fuera rechazada, ¿qué resultará?

Nuestra reacción ante un cambio temporal del nacionalismo argelino hacia el neutralismo, no sería la aceptación pasiva o una desilusión de no intervención. En vez de ello, tal término sería aceptado como un desafío a la determinación y habilidad de Francia, y de sus aliados, para crear la unidad geopolítica de Europa Marítima y el Magreb que es tan vital para el bienestar de ambas partes y para el conjunto del Mundo Marítimo.

Si los esfuerzos para integrar Europa Marítima y el Magreb tuvieran como objetivo la creación de un superestado que copiase a los otros dos superestados y compitiera con ellos, el objetivo demostraría ser ilusorio. Debido a su tamaño limitado, a su falta de territorio nacional efectivo, a sus deficiencias en la agricultura y a su situación intermedia entre los *ecumenes* de los Estados Unidos y de la U.R.S.S., el superestado europeo no puede ser una imitación de los otros. Tampoco China Continental es un modelo apropiado para Europa.

Además, Europa Marítima tiene que ser original, porque es un traficante mundial y no continental o pan-regional. La mitad del comercio internacional se lleva a cabo por Europa Marítima, y más de la mitad del comercio de la región se realiza con zonas no europeas. Incluso dentro del Mercado Común, donde el comercio entre los seis miembros fundadores ha aumentado en un 225 por ciento en los diez últimos años, el 55 por ciento del comercio internacional se lleva a cabo fuera de su sistema de Mercado Común. Por último,

los lazos histórico-culturales dentro del hemisferio meridional, y las implicaciones estratégicas en Anglo-América y en el África del sur del Sahara, hacen impensable cualquier forma de "superestado autosuficiente".

Si Europa Marítima tiene un nuevo destino que cumplir, lo cumplirá por medio de la consolidación interna junto con asociaciones externas. La unidad europea no puede conseguirse creando unas fronteras económicas y militares. Sólo puede conseguirse siguiendo un nuevo camino que combinará los beneficios históricos de la especialización regional, que emanan de las asociaciones globales, y las ventajas modernas de la consolidación regional que surgen de la eliminación de las diferencias nacionales. Las estructuras geopolíticas de Europa Marítima y el Magreb, cuando se las contempla dinámicamente, más bien que estáticamente, reflejan o dan energía a estas fuerzas de integración en desarrollo que son tanto regionales como globales.

NOTAS

⁽¹⁾Lionel W. Lyde, *The Continent of Europe*, London, Macmillan and Co., 1926, pág. 7.

⁽²⁾*Ibid.*, pág. 394.

⁽³⁾H.G. Wanklyn, *The Eastern Marchlands of Europa*, Londres, Philip, 1941.

⁽⁴⁾Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, pág. 161.

⁽⁵⁾Jean Gottmann, *A Geography of Europe*, Nueva York, Holt, 1954, pág. 33.

⁽⁶⁾Marión Newbiggin, *The Mediterranean Lands*, Nueva York, Knopf, 1924, pág. 211.

⁽⁷⁾Citado en la obra de Norman Harris, *Intervention and Colonization in Africa*, Boston, Houghton, Mifflin, 1914, pág. 238.